

OBJETO DE AMOR

Sharon Cullars

AFRODISIA

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Object of Love
Traducción: Silvina Merlos

- © 2007 Sharon Cullars. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Silvina Merlos. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Abril 2008

ISBN: 978-84-92431-13-7

Depósito Legal: M-15042-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
[email: editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

CAPÍTULO 1

Lacey se sentía como envuelta en neblina y apenas podía escuchar las plegarias del sacerdote. En cambio, miró con detenimiento las cabezas inclinadas, todavía sorprendida por la cantidad de amigos que Calvin había cosechado en sus veintidós años. Aquel pequeño consuelo poco lograba mitigar el dolor que la destrozaba. Todos los lugares comunes, los buenos deseos, aun la fe, sonaban vacíos ante la pérdida.

No podía encontrarla dentro de sí para rezar. Estaba enfadada. Enfadada con Dios, con la vida, con el infierno, incluso con Calvin, quien había tentado al destino una última vez y ahora yacía encerrado en un ataúd de ébano a medio camino en el descenso a la fosa. No se creía capaz de soportar aquel zumbido mecánico mientras que el ataúd realizaba el viaje final, ni el sonido de la tierra golpeando contra la madera lustrada. Su bebé estaba allí. No debería haber terminado todo, era muy pronto. No de esa manera.

Las lágrimas la cegaban y un temblor le sacudió el cuerpo. Luchó arduamente para no colapsar; a Calvin nunca le había agradado que ella hiciera escenas.

«Ah, vamos, mamá. No irás a empezar con las lágrimas de nuevo», podía escuchar las palabras de su hijo en su mente.

—No, mi niño —suspiró Lacey—. No voy a hacer una escena.

SHARON CULLARS

Sintió que la mano de su madre le apretaba fuertemente la suya; sin embargo, la cabeza de la mujer mayor estaba aún inclinada. Su hermana Estelle estaba sentada al otro lado. Las lágrimas le recorrían las mejillas. Levantó un puñado de pañuelos de papel para secarlas, pero fueron reemplazadas por un nuevo manantial. Estelle —y la abuela de Calvin también— lo había adoptado extraoficialmente tras haberse resignado hacía mucho tiempo a no tener hijos propios. Ahora, dos madres sentadas una junto a la otra se sentían vacías.

Lacey escuchó un amortiguado «Amén» y vio las cabezas levantarse. Los rostros angustiados se reflejaban unos a otros en variados tonos y colores, algunos desgastados por los años, otros aún tersos de juventud. Vio a Ellen, la vecina, de pie frente a la tumba de Calvin con los ojos y la nariz colorados por la pena y por las frías temperaturas impropias para esa época del año. El clima parecía protestar contra la muerte de Calvin; el termómetro había descendido a menos de diez grados cuando ya estaba bastante avanzada la primavera. La ola de frío había comenzado casi simultáneamente con las primeras noticias del accidente automovilístico de Calvin y continuaba aún.

A través de la neblina, Lacey cayó en la cuenta de que todos estaban esperando que ella completara la ceremonia. La rosa roja que tenía en la mano comenzaba a marchitarse en los bordes, pero seguía siendo hermosa. Se puso de pie lentamente, caminó por un largo minuto hacia el ataúd de su hijo. Negándose a mirar hacia el abismo que la separaría de su hijo para siempre, arrojó la flor. La acción fue replicada por la madre, la hermana, y luego por una fila de personas que se formaba tras ellas.

Giró dando la espalda al ataúd y dio unos pasos firmes, buscando escaparse hacia el coche. Su madre y Estelle caminaban flanqueándola a cada lado; casi lo logra. Luego, de la nada, la golpeó un abismo. Un torrente brotó desde dentro de ella, corriendo muy rápido y no tuvo tiempo de poner barre-

OBJETO DE AMOR

ras para contener el ataque. La angustia le recorrió la mente, el corazón, y amenazó con sofocarle los pulmones.

—Oh, Dios —gimió fuertemente cuando se le doblaron las rodillas. Casi lo había logrado. Casi. Calvin estaría muy desilusionado.

Su madre, una mujer de casi sesenta y cinco años y con un cierto grado de artritis, apenas pudo sostener a la mujer adulta cuyo cuerpo le había fallado. Estelle intentó sujetarla, pero la fortaleza de Lacey la había abandonado silenciosamente durante la ceremonia y se desplomó en el suelo como una muñeca de trapo; quedó sentada en un tramo de hierba que flanqueaba el camino hacia el aparcamiento. Podía ver a la gente a su alrededor, podía escuchar las voces llamándola.

—¡Lacey! ¡Lacey! —la voz de su madre se colaba débilmente a través de la neblina.

A Lacey ya no le importaba nada. No le importaba lo que pensarán los demás de una mujer adulta sentada en el suelo, llorando como un bebé. No le importaba representar una escena grandiosa y lamentable en el funeral de su hijo, algo que se había jurado a sí misma y al espíritu de su hijo que no haría. Imaginaba a Calvin mirándola desde arriba, negando con la cabeza, mortificado, al tiempo que su madre hacía el ridículo delante de sus amigos. Sin embargo, ni siquiera esa imagen logró motivarla a ponerse de pie, sacudirse la tierra húmeda del vestido negro, y reunir la poca dignidad que le quedaba.

Una mano la tomó del brazo, la ayudó a ponerse de pie, enérgica pero gentil. Se encontró mirando a un rostro familiar, pero mayor, de rasgos más duros.

—¿Sean, qué haces...? —comenzó a decir ella, luego calló el resto de la pregunta.

Por supuesto que Sean estaría allí. La muerte tenía por costumbre dejar las nimiedades de lado. Sin importar qué hubiese sucedido, Sean había encontrado la manera de estar allí. Si solo se hubieran reconciliado antes, antes de la muerte.

—Señora Burnham, sosténgase en mí —ordenó Sean, colocando su brazo alrededor del hombro de ella para sujetarla.

SHARON CULLARS

Por un instante, sintió como si Calvin estuviese allí, a su lado, ayudándola a ponerse de pie. Inconscientemente, se inclinó sobre el cuerpo robusto, dejándose guiar.

—¿Cuál es el coche?

Él escudriñó los vehículos como si fuese capaz de encontrar el de ella entre todos los otros coches amontonados a lo largo del camino que conducía a las puertas del cementerio. Como si esperase ver el viejo Pontiac azul que ella solía conducir para llevarlos a él y a Calvin a los juegos de la Liga Juvenil. Pero ya se había desecho del Pontiac hacía mucho tiempo. Hacía una vida atrás.

—Está por allá —indicó con un movimiento de cabeza hacia donde se encontraba un gran Lexus. A pesar de que la casa funeraria había ofrecido el servicio de limusinas, ella había rechazado tan deprimente transporte. Había escoltado a su madre y a su hermana, las cuales estaban unos pasos detrás de ella y de Sean en ese momento.

La mayoría de los dolientes se iban dirigiendo hacia sus coches. Algunos, ya se estaban yendo. Algunos otros estaban todavía de pie en grupitos dominados por la angustia, charlando o simplemente esperando a que la multitud se disipara. Un par de amigos de Calvin del colegio la detuvieron para darle el pésame. Una de las antiguas novias de Calvin, Angie, la abrazó sin ceremonias; unas lágrimas turbias le recorrían el rostro. Lacey le devolvió el fuerte abrazo, a pesar de que apenas la recordaba. Había intercambiado muchos abrazos ese día, había aceptado muchos besos de gente que apenas conocía o que se la estaban presentando por primera vez. Se le acercaban prudentemente, cautas de su dolor; luego se detenían buscando las palabras adecuadas y eligiendo las expresiones más seguras: «Conocía a Calvin del equipo», o «Solíamos pasar el rato juntos». Las palabras que más había escuchado ese día eran: «Era muy buen chico»; o variantes del mismo sentimiento.

Algunos de los amigos de Calvin de Columbia habían volado a Chicago desde Nueva York solo para estar allí. Ella

apreciaba a esos jóvenes. Apreciaba el afecto obvio que sentían por su hijo. A pesar de la pena, Lacey sentía un pequeño esbozo de orgullo por haber criado a un joven decente.

Parpadeó al tiempo que Sean la volvió a tomar del brazo que había soltado cuando la gente comenzó a pelearse por su atención. Quería decirle que estaba bien, pero la expresión del muchacho era insistente. Se sentía como una tonta ahora. No sabía por qué se había desmoronado en ese momento. No había llorado tanto desde el momento en que la policía le había telefoneado para informarle acerca de Calvin.

Cuando llegaron al Lexus, él sostuvo la puerta abierta para ella, y luego para su madre y para Estelle. Estaba de pie junto a la ventanilla, mirando tímidamente hacia el interior del coche.

—Está bien, Sean, ya estoy bien. Solo quiero darte las gracias por estar aquí.

Se quedó allí, vacilante de pronto, tímido. El viento le revolvió un mechón de cabello rubio sobre la frente.

—Está bien, entonces —dijo él antes de marcharse.

Ella puso en marcha el coche y se marchó, sin darse cuenta de que él se había detenido frente a una motocicleta. La gente ya estaría esperándola para reunirse en casa. Finalmente rezó y pidió fuerzas para pasar la tarde.